



Ὁ Μητροπολίτης Μπουένος Ἀϊρες Ἰωσήφ

HOMILIA

Domingo de la Samaritana

La Iglesia celebra hoy a la mujer que se encontró con Jesús en el pozo de Jacob, en la aldea de Sicar, en la región de Samaria. La perícopa evangélica corresponde al periodo litúrgico que sucede a la Pascua (Πεντηκοστάριον) y la Tradición de la Iglesia Ortodoxa la identifica con el evento de la resurrección, aunque no tenga relación directa con el mismo, ya que una vez más evoca la realidad de la “**revelación**” del Cristo-Mesías como un evento de “**re-creación**”, y es de esta manera como se relaciona necesariamente con el evento de la resurrección, en cuanto a través de éste Jesús se manifiesta plenamente Dios al destruir el dominio de la muerte y el pecado.

Asimismo, estos cinco domingos antes de la gran fiesta del Pentecostés -de ahí el nombre del periodo litúrgico que transitamos- son, a la misma vez, una **resonancia** del evento de la resurrección y una **preparación** para el evento del Pentecostés: se advierte entonces la unidad, la coherencia y la continuidad entre los eventos salvíficos que tienen como centro al Dios entendido como “**apertura infinita**” hacia su creación.

Dios percibido de esta manera -y no solamente como “*EL-QUE-ES*” *transcendente* a toda creación, es decir como **Ser-** nos invita a relacionarnos con Él -y a Él- en cuanto a su accionar, a su “**energía**” -ἐνέργεια- a través de la cual se revela y se da a todas las creaciones que naturalmente a Él tienden. Este **Dios-Energía**, este Dios que continuamente se está mostrando y dando a toda la creación es su propio accionar: Dios es su propio darse, relacionarse e identificarse -por Gracia, χάριτι- con su imagen.

Y es aquí donde se invierten de manera profunda y hasta escalofriante los términos: siempre hablamos del hombre que natural -e innaturalmente- se identifica con Dios. Ahora hablamos, muy por el contrario, de un Dios que se identifica con su creación: la prueba de esta realidad que llevo muy al límite es la propia encarnación del Verbo: “*Y el Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros*”.

Esa **identificación**, esa **apertura** infinita, esa **energía**, debo recalcarlo una vez más, es el propio Dios: **identificación en la alteridad; apertura en la conclusión; movimiento inmóvil, dinamicidad plena y estática**: claro, entramos en el terreno de la “**paradoja**”, cuando utilizamos necesariamente un lenguaje que pareciera contradecirse, en cuanto no puede expresar en sus límites al propio Dios.

Estamos hablando de una sola energía, que es a la misma vez múltiple e infinita. Los Padres de la Iglesia distinguen -y a la misma vez identifican¹- en este accionar -en el relacionarse de Dios con las creaciones- el término “**divina economía**” que, a su vez, se identifica con su “**con-descendencia**” -συγκατάβασις- que encuentra su “*plenum*” en la “*kénosis*” -es decir en el **vaciamiento** de Dios que viene interpretado -una vez más paradójicamente- con la **asunción** de la naturaleza humana.

Una terminología del género que evoca procesos y metodologías teológicas complejas disociada de la **experiencia** es inevitablemente el resultado de una vana elucubración sobre una realidad que está más allá de nuestro alcance. No obstante, de tanta penumbra conceptual, y fuera de cualquier intento de malabarismo conceptual, surge un halo de claridad cuando intuimos que toda la arquitectura teológica de la Iglesia Ortodoxa deriva de su propia base: **El Dios que se revela**. Retornamos al inicio de la reflexión. E imperiosamente a nuestra perícopa Evangélica.

A Jesús, pues, lo podemos describir en su propio accionar: *siempre en relación, siempre dándose, siempre vaciándose de sí mismo para llenar a los otros; y no es que el Cristo-Mesías simplemente se ponga en el lugar del otro, sino que se identifica con el otro: una vez más, identificación en la alteridad: no deja de ser quién es, pero se hace el otro para que el otro se convierta en Él: ¡divina con-descendencia!* Sí: **vaciamiento-identificación-relación, ese darse continuo y sin límites** que indefectiblemente da a conocer -revela- a Dios. La primera intuición -la catáfasis esencial- es inevitable: **Dios es amor**. Pero al mismo tiempo no lo es; porque lo trasciende.

Es el misterio del Dios que revelándose no deja de ocultarse y ocultándose no deja de revelarse. Siempre. A toda hora. En la contingencia. En la dramática -y a veces trágica- dirección evolutiva del creado. Ahí está Él atrayendo todas las cosas hacia Sí mismo y dejándose atraer por aquellos que verdaderamente lo desean.

Como la samaritana, que se lo encontró aquel día, sin esperarlo, sin obligarlo, pero con la convicción que lo hallaría en aquel pozo -simple y libre-, alguna de las tantas veces que iba a buscar “*agua*” para “*calmar su sed*”.

¹. Proceso metodológico que se realiza siempre de manera única y dual en la Tradición teológica ortodoxa, así como la apófasis y la catáfasis.